

TODA UNA VIDA PARA RECORDAR

Núria Pradas



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Abril de 1932. Septiembre de 1934. Persiguiendo un sueño

1. Los olvidados
2. 2719 Hyperion Avenue
3. Chouinard Art Institute
4. Sindicatos
5. Lápiz de labios
6. La locura de Disney

Septiembre de 1934. Diciembre de 1940. Las chicas de Tinta y

Pintura

7. Las chicas de Tinta y Pintura
8. Líneas
9. «Semper gluteus maximus»
10. La bella Marge
11. Navidades en Nueva York
12. «Background»
13. Estreno
14. Screen Cartoonists Guild
15. Despedida
16. Eve

Octubre de 1940. Octubre de 1945. Aires de tormenta

17. Volver a empezar
18. Dumbo

19. La confesión

20. El lado oscuro de Mickey Mouse

21. No soy un títere

22. El principio del fin

23. La carta

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Con sólo dieciséis años, Sophie Simmons deja a su familia para ir a Los Ángeles durante la Gran Depresión persiguiendo un sueño: trabajar como dibujante en Disney Studios. Pronto descubrirá, sin embargo, que no es un mundo para mujeres. Y así, entre amores y desamores, encajando los golpes que le da la vida, Sophie luchará hasta el final en medio de una época convulsa que marcará un antes y un después entre los profesionales de la animación de principios del siglo xx.

Toda una vida para recordar es una novela con una protagonista femenina decidida, un entorno histórico fascinante y una lograda mezcla de personajes de ficción y de la vida real.

TODA UNA VIDA PA- RA RECORDAR

Núria Pradas

Traducción de Josep Escarré



*Para ti, Claudia.
Gracias a ti, muchas cosas han sido posi-
bles.
Esta novela es una de ellas.*

Ginger Rogers hizo todo lo que hizo Fred Astaire.
Hacia atrás... y con tacones altos.

BOB THAVES

Abril de 1932

Septiembre de 1934

Persiguiendo un sueño

Cualquiera que desee dedicar cientos de horas y miles de dibujos a hacer algunas películas es bienvenido a formar parte del club.

WINSOR MCCAY

1

Los olvidados

El paisaje desfilaba veloz ante los ojos de Sophie, que lo veía pasar con la cabeza apoyada en la ventanilla del tren.

En el interior del vagón, el aire remoloneaba templado y húmedo.

Cerró los ojos y se dejó acariciar por el sol que entraba lentamente a través del cristal. Al instante, un montón de imágenes relampaguearon en su cerebro. Imágenes de aquel futuro tan deseado que había ido construyendo en sus sueños noche tras noche, durante meses, y que poco a poco se había convertido en una obsesión en la que se estancaban todos sus pensamientos.

Sabía que para alcanzar su objetivo debía renunciar a muchas cosas. Estaba dispuesta a abandonar el cobijo del hogar familiar, los amigos y, en definitiva, la seguridad de la ciudad conocida y amada. La cuna de sus recuerdos.

Evidentemente, había dudado y había tenido miedo. Por supuesto, la incertidumbre la había mantenido en vela muchas noches. Pero había conseguido afrontar las dudas y había exorcizado la incertidumbre y los temores. Y, entonces, un cielo diáfano se había abierto ante ella y había tenido la seguridad de que aquello era lo que quería. Por encima de todo y a toda costa. Estaba dispuesta a cualquier sacrificio, incluso a ese, el primero, el largo viaje de Nueva York a la Costa Oeste. Y es que para llegar a Los Ángeles había que pasar tres largos

días, con sus interminables noches, en un tren ruidoso y caluroso, conducido por una locomotora de vapor que lo empolvaba todo.

Sin embargo, Sophie no contaba con lo duras que fueron las semanas previas a su marcha. Y aunque la distancia que marcaba el ritmo constante del tren hacía trizas los recuerdos y los dejaba atrás, todo lo que había vivido, sobre todo las últimas horas, volvía a su mente y la sumía en una sensación de vacío que se le clavaba en el pecho como un afilado aguijón.

«Estos tiempos infelices exigen la construcción de planes que descansen sobre los olvidados, sobre los desorganizados, unidades indispensables del poder económico; planes como los de 1917, que se construyen de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo, que depositan su fe en el hombre olvidado, en la parte inferior de la pirámide económica...»

Aquella tarde del 7 de abril de 1932, desde Albany, Nueva York, el gobernador del estado y candidato a la presidencia de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, difundía a través de las ondas sonoras un mensaje a la nación. El candidato, a diferencia del actual presidente Hoover, prometía afrontar los retos de la gravísima crisis que afectaba a todos los sectores económicos del país aportando soluciones que pusieran remedio a la trágica situación de las capas socialmente más desfavorecidas, las que estaban sufriendo más en su propia piel el crac económico.

El matrimonio Simmons, fiel a sus costumbres inalterables, estaba sentado —como cada tarde a la misma hora— en la sala de estar de su casa mientras esperaba la llegada de sus hijas para cenar en familia. Como cada tarde, también, Joseph Simmons ocupaba el sillón de orejas situado frente a la chimenea, mientras leía *The New York Times* con el rumor del aparato de radio de fondo, mientras su esposa, Vera, estaba sentada en el sofá de tres plazas colocado de espaldas a la galería, con las agujas de tejer en sus manos.

Los Simmons y sus dos hijas, Elionor y Sophie, vivían en la 74th Street, casi en la esquina con Amsterdam Avenue, en pleno Upper West Side. El edificio formaba parte de una hilera de casas, una típica *townhouse* de piedra marrón, una construcción dominante en el barrio y que, como otras edificaciones de ese estilo tan común en los barrios históricos de Nueva York, había sido levantada en las primeras décadas del siglo XX para alojar a una creciente clase media.

La casa de los Simmons, en concreto, era una agradable vivienda de estilo anglo-italiano. Como a las casas vecinas, se accedía a la puerta de entrada por una escalera con barandillas de hierro forjado. Debajo de la entrada principal se ubicaba el acceso a un sótano inglés. En la primera planta, donde se abrían grandes ventanas arqueadas, había un amplio vestíbulo del que arrancaba la escalera que conducía a los pisos superiores. A ambos lados de la escalera había dos salas donde, hasta hacía dos años y medio, Joseph Simmons, un médico muy conocido y solicitado entre los vecinos, había tenido su despacho y su consultorio.

Sin duda, la joya de la casa era la galería de hierro fundido que adornaba el gran salón del primer piso. En la sala de la galería, como siempre la habían llamado los Simmons, era donde pasaba más tiempo la familia. Allí estaba la chimenea, el aparato de radio, los cómodos sofás y sillones y las esponjosas alfombras donde durante años se habían reunido para leer, hablar, recibir visitas y celebrar los días especiales. Aquel espacio luminoso era el escenario de la vida familiar y social de los Simmons, que, hasta hacía muy poco, había sido plena y bastante brillante.

Pero todo había cambiado después de que aquel Jueves Negro de aciago recuerdo, el 29 de octubre de 1929, transformara la vida de miles y miles de americanos.

Solo una semana después del crac, en la Bolsa se habían esfumado las ganancias de un año entero. Unas pérdidas que

rondaban los dieciocho billones de dólares y que ni la intervención de la banca, ni de los gigantes financieros como los Rockefeller, ni los ánimos que intentaba insuflar a la población el presidente Hoover habían podido detener.

A la primera ola de suicidios de inversores que habían perdido auténticas fortunas en pocas horas le siguió la falta de créditos. Los acreedores que habían visto cómo se volatilizaban sus inversiones no podían pagar los préstamos y los bancos no podían cobrar. Mermaron las reservas bancarias, y eso repercutió en los pequeños ahorradores y en las empresas más débiles, que empezaron a cerrar en cadena.

Tras el crac de la Bolsa, el doctor Simmons no solo había perdido los ahorros de toda una vida, sino también gran parte de sus pacientes, que ahora acudían a él solo en caso de necesidad extrema. Su actividad profesional había quedado reducida a hacer esporádicas visitas a domicilio y, por esta razón, se había visto obligado a cerrar su consultorio, que solo le comportaba gastos. A partir de entonces, el mundo de Vera Simmons, antes tan deslumbrante, quedó cubierto de repente por una luz mortecina que empapaba su vida de incertidumbre. Y quizá por eso se había guarecido detrás de un sólido muro de indiferencia. Se entrenaba todos los días en el arte de fingir que todo seguía igual y pocas veces expresaba con palabras su amargura. Se había hecho fuerte en aquella sala y hacía lo imposible por conservarla inalterable, inasequible a la decadencia que se anunciaba. Allí, en efecto, nada había cambiado. En el alféizar de la galería, los tiestos con azaleas, peonías y, por supuesto, rosas neoyorquinas perfumaban la sala como lo habían hecho siempre. Como en los mejores tiempos. Y las cortinas de encaje cribaban la luz y distanciaban a Vera de aquel mundo convulso que no entendía.

Joseph había doblado el periódico, que reposaba ahora en su regazo, y tenía toda su atención puesta en lo que decía el gobernador del estado:

«Hay personas que sugieren que un gasto enorme de fondos públicos por parte del Gobierno federal y de los Gobiernos estatales y locales podría resolver completamente el problema del paro. Pero está claro que aunque pudiéramos recaudar miles de millones de dólares e invertirlos en obras públicas, no podríamos dar trabajo a entre siete y diez millones de personas que hoy no lo tienen...».

Y entonces llegó Sophie. Dio la impresión de que el resplandor del sol que se filtraba a través de las cortinas blancas de la galería salía a recibirla. Toda la sala quedó inmersa en una luz rosada como sus mejillas. Le brillaban los ojos.

Joseph apagó la radio.

Sophie estaba a punto de graduarse en la Washington Irving High School. Se había especializado en diseño; la pequeña de los Simmons tenía alma de artista. Lo había demostrado desde niña y en la Washington Irving había destacado por su talento como dibujante. Este hecho llenaba de orgullo a Joseph, que disfrutaba con todo lo que hacía su hija; era su principal admirador. En cambio, había dejado a Vera perturbada.

Vera era una mujer que necesitaba entender las cosas: por qué ocurrían, de dónde venían, adónde conducían... Si las podía prever, mejor que mejor. Para ella era del todo lógico y comprensible que su hija mayor, Elionor, fuera enfermera y trabajara en un hospital. Para eso la había educado: para que tuviera un trabajo serio, útil y práctico con el que ganarse la vida y asegurarse el futuro. ¿Qué podía ser más lógico, más previsible, más cuerdo que el hecho de que la hija de un médico fuera enfermera?

En cambio, lo de Sophie, toda aquella desazón por llenar papeles de monigotes, pasarse tardes enteras en el zoológico observando los animales y dibujándolos, aquello, pensaba, ¿no era una auténtica pérdida de tiempo? Tenía claro que buena parte de la culpa era de su marido, porque siempre ha-